

de esta en una accion general, pero viéndose obligado á darla por las medidas que habia tomado el conde de Haro para forzarlo á ello, los comuneros fueron completamente derrotados en los campos de Villalar, el 23 de Abril de 1520, y Padilla con Bravo, los Maldonados y otros de sus principales capitanes que cayeron prisioneros, fueron decapitados. No por esto cesó la guerra: D<sup>a</sup> María, viuda de Padilla, se hizo fuerte en Toledo, y resuelta á defenderse en aquella ciudad hasta perecer, hizo morir á todos los que le eran sospechosos, y careciendo de recursos, encerró en la sala capitular á los canónigos, hasta que la hambre los obligó al segundo dia á darle quinientos marcos de plata; pero faltando los víveres y no habiendo podido romper la línea de los sitiadores, á pesar de haber dado un combate en que murieron mil y trescientos de los sitiados; ocupada por las tropas del prior de S. Juan que mandaba el ejército real, la ciudad; tomado el castillo y atacada en su misma casa, logró escapar, vestida de aldeana, y retirarse á Portugal, donde vivió por mucho tiempo por los socorros que le daba el obispo de Braga. El obispo de Zamora, Acuña, que se habia hecho nombrar arzobispo de Toledo, pretendió pasar á Francia disfrazado, pero habiendo sido conocido, fué llevado preso á la fortaleza de Simancas, en la que por otro delito que cometió para librarse de la prision, fué decapitado. Igual pena sufrieron algunos otros de los principales

autores de la sedicion, concediéndose para todos los demas un indulto general, con pocas excepciones. En Valencia tambien fueron sometidos los germanos, y la revolucion suscitada en Mallorca fué igualmente reprimida.

El rey de Francia, que habia reclamado en vano la devolucion de la Navarra en virtud del tratado de Noyon, quiso aprovechar el desórden en que estas turbaciones tenian á España, para recobrar por las armas lo que no habia podido obtener por las estipulaciones de aquel convenio, y con este objeto puso en campaña un ejército de doce mil infantes y ochocientos caballos, con que invadió todo aquel reino sin resistencia, habiendo sido ocupada tambien la capital Pamplona, á excepcion de la ciudadela, que fué atacada vigorosamente: no habian podido concluirse las fortificaciones de esta, y ademas escaseaban la gente y las municiones, pero se hallaba dentro de ella un bizarro oficial, de una familia distinguida de Guipúzcoa, que sostuvo intrépidamente el asalto, hasta que una piedra arrancada por una bala de cañon, le hirió la pierna izquierda, al mismo tiempo que otra bala le rompió la derecha: su herida decidió la rendicion de la ciudadela, y los franceses admirando su valor, lo trataron con generosidad.

Este oficial era D. Iñigo ó D. Ignacio de Loyola; y esta herida, haciendo de él un santo, fué el origen de una de las instituciones que han producido ma-

yores y mas prodigiosas consecuencias en el mundo, tanto en la religion, como en la política y en la literatura, y á la que especialmente en América se han debido los mas grandes resultados. S. Ignacio, en las meditaciones á que le condujo el retiro á que le obligó su curacion, que fué muy larga y penosa, resolvió dejar el mundo trasladándose á Paris, para ocuparse en aquella célebre universidad del estudio de las ciencias eclesiásticas, y ordenado de sacerdote, se presentó en Roma al papa Paulo III, con sus nueve compañeros, Pedro Lefevre, Diego Lainez, Claudio Lejay, Pascasio Brouet, Francisco Javier, Alfonso Salmeron, Simon Rodriguez, Juan Codure, y Nicolás de Bobadilla, para formar un instituto que tuviese por objeto la educacion de la juventud, la defensa de la religion y la propagacion de esta en los paises en que no habia sido predicada. Esta fué la compañía de Jesus: su nombre, y en gran parte su régimen interior, fueron efecto de la primitiva profesion militar del fundador: su principio fundamental consistia en la obediencia absoluta al jefe de la iglesia y al general de la compañía que residia en Roma: el primer acto del jesuita al tomar la ropa de su orden, era renunciar á su propia voluntad, y someterse á la de sus superiores: en la compañía no habia nada de elecciones en capítulos numerosos y frecuentemente tumultuarios, nada de deliberaciones: las elecciones de los provinciales y demas superiores, se hacian por el

general, que tenia cuatro asistentes con quienes consultar, y que estaba instruido puntualmente del mérito de todos los individuos de cada provincia, por los informes que recibia cada tres años, y en los que se explicaba la aptitud física y moral de cada uno. Estos mismos informes servian para destinar al jesuita, segun su capacidad, ya al ministerio de la predicacion, ya á la enseñanza pública, ó al servicio de las misiones en los paises mas remotos de la tierra, sin poder esperar por recompensa de los consuelos domésticos á que renunciaba, de la privacion de la vida social, del martirio á que se exponia, ni aun los premios comunes de la ambicion, porque su regla los excluia de todas las dignidades eclesiásticas. Todos para su orden y nada para sí mismos, los jesuitas, mandarines en Pekin, y confesores de los reyes en Versalles y en Madrid, dirijiendo las conciencias de los grandes y ejerciendo por la predicacion un grande influjo en la masa del pueblo, nunca aspiraron á otra cosa que á emplear el poder inmenso que llegaron á tener, en el aumento de la religion, que consideraban una misma cosa que el engrandecimiento de su orden. “Estos extranjeros, decia el emperador de la China Kam-Hí, á los censores del imperio que le representaron, con motivo de haberles permitido levantar una iglesia magnífica dentro del recinto mismo del palacio imperial, “estos extranjeros me hacen cada dia grandes servicios, y no sé cómo recompen-

sárseles: ellos rehusan los empleos y las dignidades; no quieren dinero, solo su religion les interesa y es la única cosa con que puedo complacerlos.”

Los jesuitas, con el fin de oponerse á las doctrinas que al mismo tiempo comenzaron á esparcir Lutero, Calvino y los demas reformadores, y para hacer resplandecer en todo el mundo la luz del Evangelio, consagraron á estos objetos todos los talentos del espíritu y de la elocuencia, la política y la literatura: emprendieron conducir á la juventud desde la primera edad, hasta el último grado del saber (1): trabajaron con empeño en la perfeccion de las universidades, y esta direccion uniforme, dice un escritor protestante, comenzada en las escuelas y propagada por la confesion y la predicacion en todas las clases de la sociedad, produjo un movimiento religioso, acaso sin ejemplo en el mundo, y fué el primer obstáculo duradero que se opuso á la propagacion del protestantismo (2). Los jesuitas en sus estudios todo lo emprendieron, todo lo abrazaron: la ciencia de la religion, la política, historia, viages, literatura antigua y moderna, los clásicos griegos y latinos, los idiomas muertos y vivos, astronomía, matemáticas, las ciencias sujetas á la exactitud del cálculo, así como las que adornan el espíritu y están destinadas á la imaginacion, como la poesía y la música; todo fué

(1) Bossuet, tercer sermón de la circuncision.

(2) Leopoldo Ranke.

de su resorte, todo ejercitó sus plumas, todo consagrado, segun el timbre de su orden, *Ad majorem Dei gloriam*: á la mayor gloria de Dios. A ellos debió la Nueva España la propagacion de todos estos conocimientos, y la monarquía española una grande extension de sus dominios en América, pues ellos fueron los que ganaron y civilizaron las Californias, Sonora y Sinaloa, los inmensos terrenos del Paraguay, y que poblaron de misiones las desiertas riberas del Orinoco y del rio de las Amazonas, dando á conocer en sus escritos todos estos paises, por lo que no se deberá extrañar el ver que á cada paso tengamos que hacer mencion de ellos en el curso de esta obra.

Mientras Castilla se hallaba envuelta en las turbaciones de las comunidades, Hernan Cortés ganaba para ella en América el imperio de Méjico y extendía en seguida sus conquistas á una gran parte de los paises que forman el continente septentrional, siendo muy digno de notar, que una adquisicion tan importante se hiciese, sin que el soberano á cuya corona se agregaba tan rica joya, tuviese ni aun siquiera noticia del gran servicio que se le hacia, por un hombre de quien no tenia conocimiento alguno, y sin dar para ello ningun auxilio. Algunos años adelante se descubrió el Perú, cuya conquista se efectuó despues de concluida la de Méjico, quedando en el curso de este reinado sometidas á la corona de Castilla todas las principales partes de la América, pues en los siguien-

tes no se hizo mas que dar mayor extension á las conquistas y continuar arreglando la administracion de ellas. Esta, en la isla Española ó Santo Domingo, que como hemos dicho, fué por muchos años la capital de todos los establecimientos españoles en el Nuevo Mundo, pasó de los monjes Gerónimos, á quienes el cardenal regente Jimenez de Cisneros la habia confiado, á la audiencia que se estableció, y á la vireina D<sup>a</sup> María de Toledo, esposa de D. Diego Colon, hijo del almirante, cuyos derechos fueron reconocidos y declarados en el pleito que siguió en el consejo de Indias. Para el progreso de los descubrimientos, fué nombrado adelantado D. Diego Velazquez gobernador de la isla de Cuba, por quien se formó y en mucha parte se costeó la armada que condujo á Cortés á las costas de Méjico; mas habiéndose hecho éste independiente de aquel gefe, y autorizado su procedimiento con la conquista, fué declarado gobernador y capitan general de la Nueva España, nombre que, á peticion del mismo Cortés, se dió á todo el país conquistado: separóse despues el gobierno político de la capitania general, confiándose aquel á la audiencia; mas por último, despues de experimentar los inconvenientes que todo esto traia, se creó el vireinato, confiriendo á D. Antonio de Mendoza, que fué el primero que lo obtuvo, muy extensas facultades, iguales á las del monarca, y este sistema, que con varias modificaciones duró hasta la

independencia, se hizo extensivo al Perú y á otras provincias, segun que la importancia que adquirieron lo fué requiriendo. La legislacion de Indias tuvo tambien grandes aumentos y mejoras en este reinado, y ya que por la grande oposicion que hubo por parte de los conquistadores, y que puso en riesgo la dominacion española en estos países desde su mismo origen, dando ocasion á las guerras civiles del Perú, no pudieron extinguirse los repartimientos de indios, se establecieron las reglas para el orden del servicio personal de estos y las limitaciones que este debia tener, de manera que se cortasen y castigasen los abusos, con lo que se mejoró mucho la suerte de los indígenas, aun cuando estas disposiciones no tuviesen entero cumplimiento.

La regencia de Castilla, aunque rodeada de los cuidados en que la habian puesto las inquietudes de aquel reino, logró levantar un ejército que oponer al francés que habia invadido la Navarra, y derrotado este en la batalla de Esquíros, el reino fué recobrado con la misma prontitud que se habia perdido. Hallándose los regentes en Victoria, á donde se habian trasladado para impedir de mas cerca los intentos de los franceses, recibió el cardenal Adriano la noticia de haber sido elegido papa, á cuya suprema dignidad subió por influjo del emperador, y tomó el nombre de Adriano VI. Este pontífice concedió al rey D. Carlos y sus sucesores, el derecho de pre-

sentar para todos los obispados de sus reinos, é incorporó perpetuamente en la corona de Castilla los maestrazgos de las tres órdenes militares.

El emperador resolvió su vuelta á España, dejando por vicario del imperio á su hermano D. Fernando, y á su paso por Inglaterra recibió en Windsor las insignias de la orden de la Jarretiera, y ratificó la promesa que ántes habia hecho de casarse con D<sup>a</sup> María, hija del rey Enrique VIII, y habiendo desembarcado en Santander, pasó á Tordesillas á visitar á la reina su madre, que residia en aquel lugar al cuidado del marqués de Dénia. Carlos en este viage recobró el afecto de los españoles que habia perdido en el primero: el influjo de los flamencos habia cesado faltando Chievres, que murió cargado de oro y de la pública execracion, y tambien su sobrino el arzobispo de Toledo, este á consecuencia de una caída de caballo, en cuyo lugar fué nombrado D. Alonso de Fonseca, arzobispo que era de Santiago, eclesiástico muy respetable. No contribuyó poco á conciliar á Carlos el amor de los castellanos, la benignidad con que se condujo con respecto á los culpables en las pasadas revoluciones: algunos grandes le manifestaron que eran necesarios mayores castigos, á lo que contestó que bastaba con lo hecho, y habiéndole alguno venido á denunciar el lugar en que estaba oculto uno de los exceptuados de la amnistía, le contestó: "mejor harías en avisarle á él que yo es-

toy aquí." Toda su atención estaba dedicada á la guerra con Francia, y por seguirla con todo empeño, no quiso entrar en la liga que le propusieron el papa y el rey de Persia contra el gran turco, que extendiendo sus conquistas por todas partes, habia quitado á los caballeros de S. Juan la isla de Rodas, en lugar de la cual Carlos les dió las de Malta y Gozo, que dependian del reino de Sicilia. Aumentaba sus esperanzas el condestable duque de Borbon, que por disgustos en la corte, habia dejado á su soberano y pasado al servicio de su rival, obligándose por un tratado á sublevar la Francia, cuando el rey hubiese partido para Italia, y con este intento invadió la Champaña con doce mil alemanes que el emperador puso bajo sus órdenes, pero despues de haber talado esta provincia, fué derrotado por el duque de Guisa que la gobernaba, escapando casi solo del combate.

A los antiguos motivos de guerra que las coronas de Aragon y Castilla habian tenido con la Francia, la primera por la posesion del Rosellon y por el reino de Nápoles, y la segunda por la Navarra, Carlos agregaba todos los que procedian de la Flandes y la Borgoña que habia heredado de su padre, y del ducado de Milan, que el rey Francisco pretendia como herencia de su abuela Valentina Visconti, y en el que Carlos sostenia á Francisco Esforcia, á quien habia concedido la investidura como de un feudo imperial. Francisco habia levantado para apoyar sus derechos,

un ejército poderoso, á la cabeza del cual él mismo sitiaba á Pavía, defendida por Antonio de Leiva. Las tropas imperiales, á las órdenes del marqués de Pescara, de D. Fernando de Alarcon, de Launoy, virey de Nápoles, y del duque de Borbon, atacaron á las del rey de Francia en su campamento, el 24 de Febrero de 1525, dia de S. Matías, cumple años del emperador, y auxiliadas por una oportuna salida que Leiva hizo por la espalda con la guarnicion de la plaza, las derrotaron completamente, matando á muchos individuos de la primera nobleza, tomando toda la artillería y bagages, y quedando prisionero el mismo rey, que fué conducido á la fortaleza de Piziguitone, en las riveras del Po, custodiado por Alarcon, y esta fué la primera victoria de las armas imperiales que la ciudad de Méjico celebró con gran solemnidad (1). Quiso en seguida pasar á España el rey prisionero, porque esperaba conseguir su libertad con mejores condiciones, tratando él mismo con el emperador, quien rehusó verlo y solo lo visitó estando enfermo en Madrid, á consecuencia del abatimiento en que habia caido su espíritu. La paz se hizo con las condiciones que ántes habia resistido admitir el rey Francisco, y de las que las principales fueron, la restitucion de la Borgoña, ocupada por la Francia; la renuncia de los derechos que aquel monarca pretendia tener á Milan

(1) Véase la 4.<sup>a</sup> disertacion, tom. 1.<sup>o</sup> fol. 254, donde debe corregirse el año, que fué 1525.

y Nápoles, obligándose á hacer renunciar tambien á Enrique de Albret, al título de rey de Navarra, y la restitucion de algunos otros territorios. Esta paz se publicó el 15 de Enero de 1526, y el rey de Francia, despues de haber jurado cumplir el tratado, se restituyó á su reino, entregando por rehenes á sus dos hijos, que se cambiaron por él en una barca situada en medio del rio Vidasoa, que separa los dos reinos por el lado de Guipúzcoa, y luego que se vió en la ribera francesa, dando espuelas al caballo en que montó, se fué á galope á Bayona, exclamando de cuando en cuando: "Soy todavía rey."

Sin embargo de estas solemnidades, el rey de Francia no habia firmado la paz con intencion de cumplirla, sino solo como medio de salir de la prision, y luego que se vió libre rehusó la devolucion de la Borgoña, y se adhirió á la liga que el papa Clemente VII, de la casa de Médicis, que habia sucedido á Adriano, formó con los príncipes italianos, á que se dió el título de Santa, cuyo objeto era resistir el gran poder que habia adquirido el emperador, y con el que amenazaba la independenciam de todos los estados de Italia. Cárlos, ofendido de la mala fé de Francisco, le llamó públicamente príncipe sin honor y sin palabra, lo que dió motivo al desafío personal que Francisco hizo á Cárlos, que éste admitió, y que debia haberse tenido en Burdeos, pero que despues de largas contestaciones para arreglar todas las formalida-

des del combate, nunca llegó á tener efecto. El rey de Inglaterra habia abandonado la amistad del emperador, y ofrecido su hija D<sup>a</sup> María, que estaba prometida en matrimonio á éste, al delfin de Francia, de lo que ofendido Cárlos, se casó con D<sup>a</sup> Isabel, infanta de Portugal, lo que sirvió de pretexto al rey Enrique para declararle la guerra, acusándole de haber faltado á su palabra, y uniéndose á la liga, fué declarado protector de ella. La liga, para separar al marqués de Pescara de la fidelidad á su soberano, le ofreció el reino de Nápoles, y hacerlo general en jefe del ejército que se reuniese, á lo que el marqués pareció dar oídos, pero segun despues se vió, fué solo con el objeto de instruir de todo al emperador, quien irritado con Esforcia, por haber tomado parte con sus enemigos, despues de haberle sostenido á costa de tantas guerras en el ducado de Milan, dió orden para que se le despojase de él, lo que se hizo fácilmente, habiéndose apoderado las tropas imperiales de todo su territorio, excepto del castillo de Milan, en el que Esforcia se encerró.

Murió entre tanto el marqués de Pescara, mientras el duque de Borbon se hallaba en España, habiendo sido recibido por Cárlos en Toledo con los mayores aplausos, pero los grandes lo trataron con mucho desden, y habiendo pedido Cárlos su palacio al almirante de Castilla para que se alojase en él Borbon, se cuenta que el almirante le contestó, que dispusie-

se de él, como de todo lo que le pertenecia, como su rey y señor, pero que le permitiese quemarlo, luego que el duque de Borbon saliese, para que nunca se dijese que su casa habia alojado á un traidor. El duque, vuelto á Milan, tomó el mando de las tropas y estrechó el sitio del castillo, hasta obligar á Esforcia á rendirlo y retirarse á Como. Careciendo de recursos durante el sitio, Borbon empleó las mas atroces violencias para obligar á los habitantes de Milan á sostener sus tropas, hasta el grado de ponerlos en estado de desesperacion.

Cárlos, viéndose comprometido en una nueva guerra con casi toda la Europa, cuando ménos prevenido estaba para hacerla, agotadas sus fuerzas y recursos en la que acababa de terminarse con el tratado de Madrid, al mismo tiempo que una rebelion de los moriscos de Granada y Valencia le ponía en nuevos cuidados dentro de la misma España, habiendo en vano procurado disolver la liga separando de ella al sumo pontífice, tomó todas las medidas necesarias para resistir. Le sobraban soldados, pero carecia de dinero para sostenerlos, habiéndole negado las cortes, reunidas en Valladolid en 1528, el subsidio que pidió, y como esto mismo se repitiese en las de Toledo de 1538, á que concurrieron los tres brazos, con entera division unos de otros, resentido el emperador con el clero y la nobleza, hizo cesar las sesiones y desde entónces no volvió á convocarlos, quedando las cor-